

LIBROS

Homenaje a Rafael Alberti: "Del corazón de mi pueblo"

Si en los años de la dictadura hubo un nombre en torno al cual los ciudadanos dignos tratasen de mantener vivas las hermanas hogueras de la poesía y la fe en nuestro pueblo, ese nombre fue el de Rafael Alberti. Cuando tanta palabrería laudatoria ha caído, a lo largo de cuarenta años, sobre bodrios imbéciles, actitudes despreciables y lechuguinos perros guardianes, hora era ya de homenajear lo que Alberti tiene de símbolo de una España y una cultura de las que intentaron destruir hasta las pavesas esos mismos que hoy juegan a repetirnos, desde omnipotentes baldaguinos, que aquí no ha pasado nada.

En antología a cargo de Francisco M. Arniz aparece ahora, titulado en las cuatro lenguas de nuestro país, "Del corazón de mi pueblo" (1); se trata de una colección de poemas realizados con el pretexto de Alberti; algunos fueron hechos antes de la muerte del general; los más, en estos esperanzados y difíciles años de transición. Cada autor envió un poema; hay en el libro multitud de nombres conocidos, de peso hoy y siempre en nuestras letras; otros, no tanto, pero era preciso que estuviesen presentes en la recopilación. Están —aunque no estén todos los que, etc.— los compañeros vivos del 27: Dámaso Alonso, Aleixandre ("Te veo, Rafael. / La sombra del laurel"), Jorge Guillén ("Gratuita merced. / Un no sé qué que queda hermojeando"); están quienes vivieron la guerra civil y quienes no, y para todos Alberti ha significado algo parecido: nombrar la esperanza, la certeza de que la hota machacadora jamás tendría razón.

Por supuesto que la antología no es uniforme en cuanto a calidad. Hay poemas que se quedan tan sólo en el grito necesario, en la invocación cívica, desplante, deseo de al fin llenar los aires con lo que antes nos era prohibido; pero todo parece indicar que el libro no pretendió nunca ser un espejo de voces

innegablemente capacitadas para el quehacer poético, sino que la propuesta consistía en reflejar lo que Alberti ha sido para los españoles conscientes: no sólo un poeta, sino también un militante. Era lógico que, en cuanto a calidad, lo militante hiciese cojear la antología. En cualquier caso, las voces que aciertan a expresarse estéticamente no son sólo las más conocidas, y ése puede ser un buen aliciente de la obra.

Y hay algunas muestras espléndidas. El ejemplo de Gil-Albert, que sin nombrar a Alberti, lo alude en el mundo que a él le hace cantar: "Ah zona mía / donde al rumor del mar viven fundidos / el helénico día de la gracia / y la nocturna estrella sefardita / del desierto". El Espriu que, traducido, suena así: "Sí, hemos vivido desnudos en el sueño, / vestidos del horror



Rafael Alberti.

de nuestra desnudez". Agustí Bartra, tan viento, tan mar, tan luz: "Oh campanas / maduras del mar, canciones adentro, adentro...". El poema gráfico de Joan Brossa, con un naipe que contiene el basto, la espada, la copa, el sol, los racimos... Caballero Bonald, uno más que puede decir: "Porque logré sobrevivir lo escribí". Carmen Conde, que sabe que Alberti es sólo el nombre que quedó de vosotros, que "no dejasteis vuestros nombres". Diego Jesús Jiménez: "Sin compañero estoy, / delante de las aguas". El recuerdo de lo que era leer a Alberti, a cargo de Basilio Losada. Joaquín Marco, consciente de lo inevitable: "Si los tiempos hubieran sido otros, / ¿qué sería de mis ojos abiertos?". El ágil desgarro de Rafael Morales: "El mar, el mar, el mar... / Pero Rafael no está". Pere Quart, que en el otoño de 1970 escribía: "Todo cambia, dicen. / Créámoslo.

¡Es necesario!". La tersa angustia de José Angel Valente: "Contra el poder, contra todo poder, salvemos 'in extremis' la infidelidad natural de lo viviente".

Libros como éste envejecen, sin duda, más pronto que otros. Porque están hechos de voces ensangrentadas, amordazadas, henchidas de repente de júbilo; son muchos años de alimentarse de fe, y eso se paga caro. La grandeza de libros así está en que, mejor que muchos más exactos que vendrán, expresan de una sentada lo que a veces en la Historia un pueblo se ve obligado a desembuchar de golpe: mucho amor ya podrido brota ahí, e inunda la playa. La vida sigue, y se elige, y el ciudadano Alberti elige, y los ciudadanos que le llamábamos elegimos, y la vida sigue, y es prosaico, y es real, y así nos luce el pelo. Lo dicho, queda; lo que haya que decir, ya está agolpándose a los labios. Nombrar a Alberti —qué gozo— ya es hoy zanjar parte de nuestra vida, vivida en las catacumbas y en los silencios. Al fin nos está permitido zanjar nuestros propios mitos: un homenaje es un abrazo y, qué duda cabe, un arreglo de cuentas. Todos nos hemos llamado, un día u otro, Rafael Alberti. ■ MIGUEL BAYON.

Dos libros sobre la cultura

¿Pero a alguien le interesa la cultura? Parece una de esas viejas discusiones, emparentadas con una intelectualidad que bebía coñac nacional, mientras se preguntaba sesudamente cosas con título de *Le Temps Moderne*. El clásico era: el marxismo, ¿es un humanismo? ¿Y qué es la cultura? Por ejemplo, ¿pertenece o no pertenece a la actual cultura española la elección de un miembro de la Real Academia por razones eminentemente sexuales? La verdad es que la cultura, desde que Adorno la dejara por los suelos, allá, por 1949, no ha vuelto a interesar más que a los historiadores culturales. Uno de ellos, Ernst Gombrich, goza de un extravagante predicamento entre los editores peninsulares. Un célebre ensayo llamado *Tras la historia de la cultura* (todavía no la ha encontrado, y ya se está acabando), acaba de ver la luz por segunda vez, en una traducción inferior a la primera (1). Y un sociólogo inglés, Perry

(1) Ernst Gombrich: *Tras la historia de la cultura*. Ariel, 1977. Ernst Gombrich: *A la ricerca de la historia cultural*. Tres y Oatre, 1974.

Anderson (2), hace un mapa de la cultura inglesa de este siglo, en el que es posible localizar a Gombrich conspicuamente situado, por lo que la operación de matar dos pájaros de un tiro es una tentación demasiado grande para dejarla escapar.

El ensayo de Gombrich es una de esas tautologías tan agradables que han dado fama internacional al pensamiento inglés. Detrás de afirmaciones como "la historia de la cultura progresará si centra su atención en el individuo" (página 53), hay exactamente el mismo contenido que detrás de las afirmaciones malévolamente candorosas del papado cuando trata de resolver algún horror internacional diciendo que hay que ser buenos. Si se rasca un poco más, siempre aparece un enemigo, y el enemigo de Gombrich es Hegel y todo historiador que parta de presupuestos metafísicos. Muy laudable, pero, por desgracia, sustituir la metafísica no es empresa sencilla, y Gombrich no hace más que enredarse con psicoanalistas (¿no son metafísicos?), jóvenes de buen gusto y vagas ideas acerca de por qué distinguimos estilos arquitectónicos, como si fuera una cosa fea. De manera que cuando trata temas concretos, su mediocridad hiela la sangre. Basta con leer las escandalosas líneas que dedica a Van Eyck (página 45), de un ergotismo que asustaría a Pangloss. Como era de prever, la pintura acaba, para Gombrich, en la época rosa de Picasso.

La pregunta que el lector tiene en la punta de la lengua puede fácilmente quedar sin respuesta, a menos de que se tome al pie de la letra a Perry Anderson. O sea, ¿por qué Ernst Gombrich ocupa un lugar preponderante en la escena cultural inglesa, que es una escena concurrida? En realidad, la cuestión debería contestarse por el método simple y gratificante del chisme. Que alguien explique cómo pudo Gombrich desbancar a Seznec, Panofsky, Wind y Saxl, y quedarse con el codiciado Warburg Institute, y habremos resuelto el problema. Pero si se buscan razones más presentables, las de Anderson son muy aceptables, sobre todo porque excitan el sordo rencor de los latinos contra la Pérfida Albión.

Según Anderson, la cultura británica del siglo XX es obra de extranjeros, de escuotos inmigrantes que rehicieron su vida en las islas: Wittgenstein, Malinowski, Namier, Popper, Berlin, Eysenk, Klein, Deuts-

(2) Perry Anderson: *La cultura reseriva*. Anagrama, 1977.

(1) *Homenaje a Rafael Alberti*. Ediciones Peninsula. Ediciones de Bolsillo. Barcelona, 1977.